

LA TRAICIÓN DEL DUQUE DE WELLINGTON

Godoy había incorporado Olivenza a la Corona de España en 1801, ante el descontento de sus ciudadanos. No en vano, cuando los angloportugueses tomaron la plaza en 1811, ondearon la bandera lusa. Sin embargo, poco después el general inglés decidió que se sustituyera por la enseña española.



LUIS ALFONSO LIMPO PÍRIZ CRONISTA OFICIAL DE OLIVENZA



DUQUE DE WELLINGTON. Magnífico estratega del ejército británico. /CEDIDA

En 1801 Godoy había echado una llave más a la frontera de Portugal. Incorporó Olivenza a la Corona española poniendo por medio el agua del Guadiana, y de esa manera cerró lo que era un portillo de contrabandistas y cuatrerros. Como el enemigo histórico del que había que defenderse era Portugal, mantuvo las maltrechas fortificaciones oliventinas. Incluso hizo algunos reparos de poca monta. Pero el Dos de Mayo trastoca por completo previsiones estratégicas válidas desde hacía siglos. Inglaterra, Portugal y España pasan a ser aliados contra el común enemigo francés. En el contexto de esa alianza inédita se abre un nuevo escenario, en el cual las plazas fuertes de Badajoz y Elvas, ahora complementarias, adquirirían un nuevo valor estratégico. En la primera fase de la guerra habrían de frenar la penetración francesa desde la meseta a la llanura alentejana, situadas como estaban en el centro de un eje horizontal de sentido este - oeste Madrid/Lisboa. En la segunda fase servirían para impedir la reunión de los ejércitos de Soult y Massena, con base respectivamente en Sevilla y Santarém, al ocupar igualmente el punto medio de un eje vertical de sentido norte-sur.

Para que Badajoz y Elvas, sin embargo, cumplieran su misión de frenar el avance o la reunión de los ejércitos franceses, las plazas secundarias de su entorno tenían que subordinarse al interés general. Máxima elemental en tiempos de guerra: concentrar para defender. Puesto que las murallas de Olivenza eran incapaces de resistir un sitio, había que desmantelar la plaza y trasladar toda su artillería y efectos a Badajoz, evitando así que cayera en manos del enemigo. La

teoría estaba clara: los portugueses de Olivenza tenían que sacrificarse en beneficio de los españoles de Badajoz. Pero ¿quién le ponía el cascabel al gato...?

Cuando en diciembre de 1808 la Junta de Extremadura ordena el traslado de la artillería de Olivenza a Badajoz estalló un primer motín popular: los carros tuvieron que regresar vacíos. Visto lo visto, y ante el avance de Mortier desde Sevilla, en abril de 1809 todas las piezas fueron inutilizadas in situ y se dio orden

a la guarnición de evacuar la plaza. Naturalmente, estalló un segundo motín. Esta vez de mayor alcance, con saqueo general de los almacenes y cuarteles, aunque sin muertos. Lo de Mortier fue solo un amago. Cuando llegó la hora de la verdad, en enero de 1811, el torpe Mendizábal reforzó la bicoca de Olivenza con 4.000 soldados de élite, que no hicieron sino engrosar el número de los prisioneros al rendirse. Badajoz, en conclusión, no supo ni destruir a tiempo ni reforzar debidamente la obsoleta plaza de Olivenza. ¿Resultado? Soult la aprovechó como base para el sitio de Badajoz, utilizando incluso la pólvora y las municiones allí capturadas contra la capital de la provincia de Extremadura.

Si ya resultó difícil en aquella coyuntura bélica el acuerdo entre españoles, ¿cómo iba a ser fácil conseguirlo con los oliventinos, que se consideraban todavía portugueses? Las tensiones y el desencuentro entre Badajoz y Olivenza, entre Portugal y España, llegaron a su punto álgido en abril de 1811, vísperas de la batalla de La Albuera. Tropas anglo-lusas al mando de Sir Lowry Cole cruzaron el Guadiana por Juromenha y forzaron la rendición de los 400 franceses que defendían Olivenza. Acto seguido, izaron sobre el castillo la bandera de Portugal. El pueblo se echó a la calle para celebrar su doble liberación: de los franceses y, sobre todo, de los odiados españoles. El mismísimo General Castaños tuvo que acudir desde Valverde para sofocar el alboroto popular. Después, la autoridad del mariscal Beresford, con el respaldo de Wellington, permitió que fuese arriada del castillo la enseña portuguesa y volviera a ondear la española. La traición del Duque de Wellington, la traición de Inglaterra a su fiel aliado portugués, permitió que en el río revuelto de la Guerra de la Independencia se respetara la exigua ganancia con la que Godoy cerró su ingloriosa Guerra de las Naranjas.

¿Por qué Wellington, contra pronóstico, actuó de aquella manera? ¿Lo hizo gratis, o a cambio de algo? ¿La aquiescencia española a la ocupación de Gibraltar, tal vez...? Los motivos de Wellington, los motivos de Inglaterra, desbordan por completo el marco de este pequeño artículo. Los explicaremos con, detalle en libro de próxima aparición.